

# La que llegó con la niebla

## (Excerpt in Spanish)

Translated by: María Florencia Ferre  
Contact of the translator: mariafferre@gmail.com

3.

Cuando por fin llegó hasta la cuesta que se alzaba leve en el patio de la casa de una finca solitaria, ya había oscurecido por completo. Sólo podía distinguir la cima jibosa del techo de paja sobre el cual se apoyaba el galpón de maquinaria. Lo que todo el tiempo había alumbrado y salido a su encuentro estaba justamente en lo recóndito de esa parte del patio. En una especie de granero abierto o de taller había un farol de querosén colgado. Así que parece que a pesar de la penumbra, los lugareños aún no estaban cruzados de brazos. Pero apenas podía adivinar si se habían demorado con el ganado o si otra cosa los tenía de pie. Porque aun después, cuando ya hubo llegado a la zona iluminada y se hubo detenido un poco inseguro bajo la luz, no había nadie a la vista. Entonces se puso a mirar a su alrededor, a escuchar y esperar. El lugar donde ardía la luz era con toda probabilidad una fragua. Al fondo brillaba el hueco tiznado de un fogón, en los estantes junto al yunque había herramientas negras desparramadas y descolgadas. Lo asaltó la pregunta por si no sería ésta la forja sobre la que le habían hablado... y ahora también quería averiguarlo de inmediato. Pero como por embrujo aquí seguía sin haber nadie al patio, y tras los muros tampoco nada se movía. Sacudió los pies para sacarse el barro de los zapatos empapados. Como seguía embarrado, intentó limpiarse en el pasto. Por último se rindió y así como estaba, embarrado y con el cinto sin ceñir, entró bajo el alero hasta la única puerta. Golpeó... y luego de volvió a golpear más fuerte. Como seguía sin aparecer ninguno, giró el gran picaporte ya muy intranquilo. La puerta estaba con llave.

Entrecerró los ojos y se sentó con la espalda contra el muro.

¡De veras que esto era ya muy extraño! Ya no quería ni podía hacerse más preguntas.

En el poste bajo el techo de paja que estaba sobre él colgaban herraduras gastadas. Eran de porte variado, las había del tamaño de la mano de un hombre hasta otras verdaderamente grandotas; y algunas estaban gastadas hasta el tuétano. Contra el pilar, justo a su lado, había una rastra apoyada. Sus largos dientes estaban pulidos y destellaban como maliciosas puntas de lanzas. Desde la entrada hasta la fragua había un alambre tendido por sobre el patio. Tenía una pesada cadena para perros colgando sola. El perro, que muy probablemente se la había arrancado, porque en el extremo de la cadena no había mosquetón ni collar, por suerte no estaba a la vista. ¿Pero no podría esto significar también que la finca estaba abandonada? A pesar de todo él estaba condenado a la espera. Ni siquiera se atrevía a pensar en volver a salir a campo traviesa en la noche. Tampoco podía penetrar así como así sin saber en casa de quién estaba en realidad. Pero aparte de eso, tanto deseaba amparo y abrigo como temía estos interiores sordos y mudos. Y otra vez era este extraño miedo, hasta ahora desconocido para él, que había sentido ya en la llanura. Un miedo que crecía con la sensación de estar siendo observado, se adosaba a su confusión y lo atraía cada vez más allá hacia lo oculto y oscuro. A la vez un temor de que ahora mismo ya no iba a poder sobreponerse, de que este horror lo devoraría por completo y lo perdería. Y entonces, claro, ¿podría volver hasta los sarmientos entre los que había escondido el baúl y llegaría alguna vez a La Humedosa? Esto es lo que más quería ahora. Lo quería más que nunca. Porque es que en estos momentos de angustia empezaba a entender que ya no podía solo, y en especial ya no sin la misericordia divina. Si ya unos días antes no creía del todo lo que decía el padre Jonifacij, que La Humedosa podía ser su penitencia, ahora

confiaba cada vez más en el palpito de que La Humedosa podía llegar a ser su destino. Así que había que resistir y aprender. O al menos probar. Así que sin duda no le quedaba otra cosa más que enfrentarse una vez más con todo este disgusto y estas rarezas. Pero cuando así, buscando nuevas fuerzas en este aprendizaje, volvió a alzar la cabeza, le pareció que en lo oscuro algo se movía...

¡Sí!

Se levantó y entornó los ojos.

Todavía estaba ahí. Y venía a su encuentro por el patio.

Y se la oía.

*¡Mmmuuuuu! Giró.*

*Pero vamos a ver –se le escapó a Jon Urski– ¿una vaca?*

Y sí, era una vaca. Y junto a ella salió también, bajo la luz que salía de la fragua hacia el patio, un viejo flacucho y jorobado. Se había enrollado el ronzal en la palma de modo que al asirlo le quedaba una buena porción del cabo grueso con el que azuzaba de tanto en tanto al animal en el pescuezo. Pero además estaba todo como erizado, como si antes se hubiera entreverado en serio con la vaca ahí en lo oscuro. Pero el animal, muy por el contrario, se veía completamente pasivo y entregado. Ni mosqueaba con los golpes, ni qué hablar de caminar más rápido. Sólo volteaba la cabeza de vez en cuando, como si apenas con sus últimas fuerzas la sostuviera erguida. Y entonces sus grandes ojos parecían aún más grandes. Jon Urski pensó que eran los ojos más melancólicos que jamás hubiera visto. Aunque la melancolía no era la única idea con la que hubiera podido describirlos. Le parecía simplemente que la vaca iba a romper a llorar en cualquier momento... El viejo entonces le daba empujones aún más inclementes con el puño, para acorralarla contra la pared, y la ató con el ronzal corto a la columna que estaba frente a la fragua.

Jon Urski carraspeó y fue a su encuentro bajo el alero.

El viejo, que de seguro ya lo había visto, ni volteó la cabeza.

*Ya me llamaba la atención que no hubiera nadie por ningún lado, probó decir con un tono que a la vez se disculpaba y mostraba su embarazo.*

El hombre seguía sin siquiera dirigirle una mirada. Se limpió la mano con la que hasta entonces tironeaba y sacudía el ronzal. Mientras lo hacía se oían crujir sus articulaciones. *¡Ya te voy a dar! Le siseó a la vaca. ¡Vas a saber lo que es bueno! Al menos ya no la zurraba. Después, arrastrando los pies en el umbral para sacarse el barro de las suelas, entró en la forja.*

Jon Urski se quedó parado junto al muro y ya no sabía qué hacer. ¿Estaba el extraño tan enfascado en su ira que todo lo demás le resultaba indiferente? ¿O en cambio estaría tan ensimismado en sus cavilaciones que era ciego y sordo? Pero fuera lo que fuera, qué otra cosa le quedaba a él sino volver a intentar acercarse. *¡Llegué siguiendo la luz! Alzó la voz. ¡Era la única señal en todos los alrededores! Se alzó de hombros y abrió las palmas. Si no seguramente estaría perdido.*

*¿Entonces la vaca no es suya? Cabeceó el viejo, y por fin lo miró.*

*¿Mía? Se espantó al mirar sus diminutos ojos extrañamente grises.*

*¡Ya me parecía! Se sacudió aquél. ¿Pero también cómo no iba a parecérmelo? Volvió a inclinarse y principió a acomodar el fogón. Evidentemente iba a encender el fuego...*

*Entonces, si usted pensó que la vaca podía ser mía, insistió Jon Urski. ¿Puedo colegir que tampoco es suya? Agregó temeroso.*

*¡Vamos, vamos! Lo volvió a azuzar. ¡Pero si desde la mañana anda quejándose por los alrededores! Arrojó un leño con furia. ¡Si la pesqué bajo la ventana cuando creyó que no la veía! ¡Cuando tomé el látigo salió corriendo la muy astuta! Pero volvió a quejarse de mal agüero por allá abajo! ¿Cómo va uno a saber ni en qué día vive después de todo esto?*

Jon Urski asintió con su silencio, aunque no entendía. Evidentemente el viejo hablaba de algo que le parecía más que obvio. Por eso tampoco tenía la intención de decir una palabra más.

Cargó toda esa leña gruesa en el fogón y después con una hachuela partió la leña chica. Mientras lo hacía mascullaba todo el tiempo para sí, y de vez en cuando señalaba a la vaca con algún insulto. Jon Urski, que daba vueltas a su alrededor como un cuzquito, ahora tenía frío otra vez. Sólo esperaba que el hombrecito por fin encendiera el fuego. Pero el muy avieso principió ahora a ordenar también alrededor del yunque y ni reparaba en el castañeteo de sus dientes. Parecía que ya no tenía ningún apuro. Todos sus habilidosos y sin duda habituales actos se iban volviendo una especie de sucesión ritual, en la que había que pensar y preparar todo hasta el último detalle. Aunque el reciénvenido sabía que semejante pedantería es propia de todos los buenos maestros, ahora no podía descifrar qué se traía entre manos el hombrecillo. Hasta le parecía muy probable que intentara lisa y llanamente carnear al viejo animal. Y luego de largas vacilaciones terminó por preguntárselo.

Por primera vez el hombre enderezó por completo su espalda gibosa y pestañeó directamente a sus ojos. En su rostro macilento de viejo, hecho de puras arrugas y arruguitas, destellaron el asombro y una burla maliciosa al mismo tiempo. *¡Usted sí que cayó de las nubes!* Se le fruncieron los labios finos y temblorosos. *Ya estaba yo lucubrando si no habría llegado en mi ayuda.*

*Pero le digo que sólo me perdí, se apuró a decir. Quería preguntar por el camino y luego me atrapó la noche... intentó excusarse del menester que le ofrecían. ¡Ahora mismo preferiría emprender la marcha si usted pudiera explicarme cómo llegar a La Humedosa!*

*¿A La Humedosa?* Se dispuso a escuchar.

*Sí, asintió.*

*¿Pero de veras a La Humedosa?* Era evidente que se había sorprendido mucho.

*Sí, sólo pudo volver a asentir. Todo el día he buscado rumbear para allá.*

Ahora el viejo se volvió a un costado y no dijo nada por un buen tiempo.

Luego volvió y se le rió en la cara. Si de veras se encamina hacia allá abajo, señaló con un ademán. *Si eso de verdad es cierto, dijo con la voz cambiada. Entonces bien, espérese que se al voy a herrar como dios manda –señaló a la vaca– ¡y luego, si dios quiere, por lo que a mí respecta puede montarla! Si de todos modos ella también va a corretear hacia allá! ¿Adónde si no podría ir esta vieja?*

[...]

7.

El párroco Jon Urski revolvía el fondo con la pinza –pero la gran fuente estaba casi vacía. Esto lo contuvo y de una vez dejó la cuchara y alejó el plato. El escribiente Lanšćak empujó un montón de hueso roídos de ganso y se sonrió. Tanto como parloteaban, así también tanto comían. Y según parecía, aún no tenían bastante. Pero por suerte la malhumorada mujer del mesonero no tenía intenciones de traerles nada más.

*¿Y luego, entonces?* Suspiró el párroco.

*¡Luego, sí!* Se despabiló el escribiente. *Luego llegó primero una carta. Y en ella la noticia de Magda de que esperaba un niño.*

*¡¿Eh?! Eructó Jon Urski.*

*¡Sí, sí!* Asintió el otro insistente. *Marika Straj incluso afirmó que había muchas de estas cartas. Y que todas eran, nada bonitas y nada nada amables.*

El párroco volvió a eructar y casi que se tragó las náuseas.

*¿Lo había inquietado tanto el relato del hombrecito o se había excedido al comer grasa de ganso? Fuera como fuera... ahora lo sentía tanto en el estómago como en el pecho y la garganta. Era como si lo cortajearan. Así que cambió de asiento y se frotaba el estómago y boqueaba. Pero luego estaba peor.*

*¿No le parece bueno el trabajo? Se preocupó el escribiente.*

*No, no, negó. Sólo pensaba –se le frunció el rostro– ¿y qué, esperaba un hijo de él?*

*¡Y sí! Asentía ahora Lanščak. ¡Si ya le he dicho que es poco lo que vamos a decirnos! Se encogía de hombros. ¿Quién puede saberlo en realidad? Pero –y luego se rascaba la calva– ¡es que esto no es lo importante! Un tiempo después Marika Straj encontró la giba en el umbral.*

El párroco Jon Urski se puso de pie y se agarró la barriga. Se sentía horrible y asqueado, pero debía escuchar. *¿Giba? Boqueaba. ¿Cómo es eso... una giba? Preguntó aunque ya se lo veía venir.*

*¡Al niño en el atadito, claro! Asintió el narrador.*

Ahora se le estrujaba tanto que estaba atontado. Una sensación de repugnancia le subía desde el estómago y le tomaba todo el cuerpo, y al principio no le permitía siquiera moverse. Cuando luego hubo entendido que iba a vomitar, ya fue demasiado tarde. Se aferró con las dos manos a la olla vacía de la que acababan de comer, y vomitó en ella. Después volvió a dar arcadas y así unas cuantas veces de nuevo. Mientras tenía estas contracciones inclementes le salían lágrimas de los ojos y se quedaba sin aliento, de modo que sólo alcanzaba a ver a su alrededor como si mirara desde el sueño. El hombrecito salticaba y hacía aspavientos a su alrededor, y la mujer estaba parada en el umbral y se desgañitaba. Su horror se oía como el picoteo de un gran pájaro irreal y desconocido. Y además estaba toda transformada... desgreñada y erizada como un demonio...

*Ya me había parecido que usted no estaba bien, dijo en una de esas el escribiente.*

Él ya se sentía mejor.

Y le daba lo mismo.

Se sentó en la silla que le pusieron debajo y se cubrió el rostro con las manos cruzadas. Pensaba en mil cosas a la vez y quería hacer otras tantas preguntas. Pero ya no tenía fuerzas para reflexionar sobre todo esto. Esa antigua historia lo había conmovido, sin duda. Y no lo había afectado menos que lo que se había urdido en estos días a su alrededor. Al fin y al cabo ¿no había dicho el escribiente también que todo había empezado ya entonces? ¿Pero qué? ¿Era pecado amar u odiar? ¿La salvación era la muerte o la vida? ¿Señalaba el destino lo Divino o lo Demoníaco? ¿Se habría colado alguna tercera cosa y tal vez sólo por azar?

*Y usted, señor Lanščak, ¿cree en esto? Preguntó.*

*¿En qué? El otro lo miró muy de cerca.*

*En todo, no desvió la mirada. En que de verdad haya sido... esto. En que de veras haya sido el niño. Y en que ella lo haya extorsionado con él...*

*¿Sabe una cosa? ¡Aún si no quiero creer...! Susurró el escribiente. El chico ha crecido y sigue estando aquí. Ahora bien, ¿si el finado párroco Janoš Talaber de veras tenía intenciones de ahogarlo? ¿Si de veras lo salvó el buen corazón de la chica de la parroquia, Marika Straj, que lo crió como propio? Eso muy probablemente no vamos a saberlo nunca. Y podemos seguir pensándolo cada uno a sus anchas.*

*¿Y qué hay de...? Se le ocurrió. ¿Y qué hay de Magda? Volvió a intentar.*

*¡Pero si por eso le digo! El otro se acercó aún más. Hay innumerables historias, y sólo se trata de cuál quiere usted creer. ¿Que si está viva aún y ahí tras la montaña sigue llorando desconsolada? ¿Que si, como sus dos hombres, ya hace mucho se fue al otro mundo? ¿Que si está nomás aquí, en algún lugar entre el cielo y la tierra, errando y descargando su furia sobre nosotros?*

Ahora el párroco Jon Urski desvió la mirada y se limpió los ojos.

*¿Y usted en cuál cree? Preguntó después.*

*¿Yo? Suspiró el escribiente. Yo por supuesto creo que de verdad es ella. Si no piense usted para qué aferrarse tanto y escarbar tanto por esta malhadada iglesia?*

*¡Pero un momento! Le agarró la mano helada. ¿Cómo... ella?*

*Ella, dijo el escribiente. La que llegó con la niebla.*

